

EN LOS LÍMITES DE LA REALIDAD

Cuando dos mujeres con el talento, la sensibilidad, la valentía y el temple de Teresa Correa y María Jesús Alvarado te piden que les presentes un libro que han construido entre las dos, tú te sientes premiado e inmediatamente dices que sí. Piensas que leerás y verás el libro (porque este libro hay que verlo), te sentarás en tu escritorio, redactarás unas notas laudatorias tratando de atraer lectores sin destripar el contenido y darás por cerrado el asunto en espera de que llegue el día de la presentación.

Pero resulta que no es tan sencillo. Para empezar, estoy aquí haciendo que presente un libro intitulado *El principito ha vuelto* y tengo que comunicarles que este libro, no es que no necesite presentación, es que presentarlo es una empresa inviable. Para que *El principito ha vuelto* pudiera ser objeto de algo parecido a una presentación, la persona que osara erigirse en pregonera tendría que conocer el camino de ida y vuelta entre las posibles dimensiones que intuimos pero desconocemos. Y si no llegase a tanto, tendría que saber cómo hacer un truco de ilusionismo para hacerles creer que conoce todo lo anterior. Por lo tanto, declino cualquier responsabilidad y les anuncio que están asistiendo a la no presentación de un libro.

Sí les diré algunas cosas que tampoco van a entender, porque todo esto que es imposible explicar resulta que sucede en el Sahara, el mayor desierto del planeta, un espacio del tamaño aproximado de China, o Europa, o Estados Unidos, o Australia. El Sahara se tiende al sol africano sobre diez países, y es tan extenso como variado. Siempre imaginamos el Sahara como una gran extensión de arena, incluso con dunas. Y sí, hay zonas de arena, también hay dunas que en algunos lugares pueden alcanzar cerca de los 200 metro de altura, pero esa es solo una parte del desierto, que puede ser negro, blanco, verde y policromado. No hay un lugar en La Tierra donde haya más colores que en El Sahara. Y hay montañas verticales, llanuras inagotables de sal que durante siglos fueron una actividad económica que marcó culturas (incluso la europea), pedregales, y vida. Por haber, hay hasta agua, pero hay que saber buscarla.

Todo este inmenso espacio no se puede describir. Hemos visto en fotografías y películas todo lo que les he enumerado, pero eso da solo una aproximación. El Sahara hay que sentirlo. La dimensión del tiempo y el espacio, la luz y la oscuridad, el ruido y el silencio es distinta, y no lo puede captar una cámara ni cabe en ninguna palabra. Es como querer explicar el frío; no se puede, y el que escucha solo lo entenderá si lo ha sentido alguna vez. Si se quiere trasladar esa capacidad de entender a otras personas solo cabe una solución: la magia.

Y el arte es magia o no es arte. Solo a través del arte podemos cruzar determinadas líneas que tienen alarmas en la geometría, en el cálculo, en la física y hasta en la filosofía. Y solo con el arte se puede transmitir lo que es más un sentido que un lenguaje. El Sahara es uno de los desafíos artísticos más retadores que existen. Hemos visto películas, fotos y cuadros de desiertos terribles y amenazadores como Atacama, Mohawe o Kalahari. Hemos visto cabalgar a Gengis Khan por el desierto de Gobi y a Lawrence de Arabia por el Yunque del Sol del Sinaí, en el desierto arábigo. Hemos leído los desiertos de Sonora o Irak en las páginas de Carlos Fuentes y Oran Pamuk. No conozco esos desiertos y no sé si alguno de los artistas consiguió transmitir la magia particular de cada uno de ellos. Hemos visto docenas de películas sobre la guerra en el desierto, Rommel y Montgomey en la torreta de un tanque atravesando un arenal, no El Sahara. Hemos disfrutado del cine viendo *Beau Geste*, magníficos Gary Cooper y Ray Milland, mucho desierto, pero no respira como El Sahara que pretende ser.

Conozco el Sahara, su aliento, su capacidad para convertir en segundos la noche en día y el día en noche, el especial sonido de su silencio y los silbos que anuncian el principio o el final de una demoledora tormenta de arena. Se me grabó en el alma y hace años que no he tenido ocasión de volver, pero sigue aquí, y cuando sé que una obra artística (ya dije que solo el arte puede) transcurre en El Sahara me apresuro a acercarme a ella. Casi siempre salgo decepcionado, porque por muy buena que sea la película, por muy rotundos que sean los cuadros o las fotografías, por muy profunda que sea la literatura, El Sahara casi nunca está.

Como escasísimas excepciones, tengo en un pedestal *El cielo protector* de Paul Bowles y su versión cinematográfica dirigida por Bertolucci, como ejemplo del latido de un desierto muy especial, el que yo sentí, el que he visto reflejado muy pocas veces en el arte. *El principito ha vuelto* es otra excepción, lo mismo que la joya de Antoine de Saint-Exupéry, que escribió una historia imposible en cualquier otro escenario. Igual que han hecho Susi y Teresa. La conclusión es que El Sahara solo se deja conocer por quienes lo aman. Es África, sí, pero hay muchas Áfricas. El Sahara es por lo tanto dos veces África, posiblemente más que ningún otro escenario africano.

La fotografía de Teresa Correa habla de ese silencio, de esa luz, de ese ruido atronador del simún, de esa fantasía que se proyecta delante de nuestro ojos y que nunca sabremos si es real. Y la literatura de María Jesús Alvarado cuenta una historia pero en realidad esa historia no es lo importante; ha tenido que contarla para practicar una especie de hipnosis y nos preguntemos sobre la realidad, sus límites y sus transgresiones.

Y transcurre en medio del desierto, en un lugar que bien podría ser el mismo que solía sobrevolar Antoine de Saint-Exupéry, el autor de *El principito*, cuando hacía la ruta Toulouse-Dakar. Es en ese lugar, o tal vez más al este, donde el piloto francés tuvo un aterrizaje de emergencia cuando trataba de hacer una ruta hasta China, donde un niño que se hace llamar El Principito se presenta al piloto pidiéndole que le dibuje un cordero.

Toca ahora de hablar de Leon Werth, a quien De Saint-Exupéry dedica su libro. Leon es un personaje real, un novelista y activista francés cercano al surrealismo y al anarquismo, el mejor amigo del escritor, que le dedica el libro, entre otras razones, porque “es capaz de entenderlo todo, hasta los libros para niños”. Escribió Leon Werth muchas novelas, ensayos y fue un héroe de la resistencia francesa, pero se le conoce mundialmente por ser el hombre capaz de entender hasta los libros para niños. Ironías del destino: escribe cincuenta libros y pasa a la historia porque le dedican otro. Estas cosas solo las entienden los niños y el propio Leon Werth.

El principito ha vuelto es un libro muy peligroso, porque lo mismo que el del piloto francés, es un juego mágico sobre las apariencias, donde una boa que se ha comido a un elefante parece un sombrero y un montículo de piedras simula un dinosaurio. Solo los niños son capaces de ver el elefante y el dinosaurio, y solo quienes tienen el don de transgredir las convenciones pueden mirar y entender como los niños. En realidad, Teresa Correa y Susi Alvarado han tomado el testigo de Leon Werth y quieren que los demás también nos convirtamos al conocimiento de otras realidades.

Y lo cierto es que este mundo, donde creemos que la realidad es una y solo esa, funciona justamente al revés. Cuenta De Saint-Exupéry que el principito venía del asteroide B 612, descubierto por un astrónomo turco en 1909. Nadie lo creyó en Occidente por su vestuario. Cuando, al año siguiente, se presentó elegantemente vestido de occidental, todo el mundo lo creyó. Por eso en este libro estas dos mujeres tratan de que busquemos la esencia de las cosas independientemente de si llevan turbante o bombín.

Se suele decir que James Matthew Barrie nos lleva hasta el país de Nunca Jamás cabalgando el olvido del mundo en el niño Peter Pan que no quiere crecer. También nos dicen que Lewis Carroll nos traslada al País de las Maravillas haciendo que Alicia entre por la madriguera de un conejo. Es fantasía, nos dicen. Alguien podría afirmar que en *El principito ha vuelto* Susi y Teresa nos introducen en el mundo creado por Saint-Exupéry por el único espacio en que ello es posible, el inmenso desierto sahariano, escogido a causa de esa ineludible razón por el propio autor de *El principito*. Pero no sería verdad, porque *El principito ha vuelto* no es un libro del género fantástico como los tres antes mencionados, aunque parezca que se apoya claramente en uno de ellos. Estamos por lo tanto ante un libro en el que texto, fotografías y dibujos no tratan de hacernos imaginar elefantes dentro de boas, ni sustituyen el baobab del planeta B 612 por una acacia reseca en la llanura; *El principito ha vuelto* es un relato sobre los límites de la realidad, y sin contarlo ni hacer fotografías truculentas es lo que nos queda cuando llegamos al final.

Es este un libro que se disfruta en el momento, pero que luego pone a funcionar un mecanismo que nos lleva a plantearnos cosas como estas de las que hablo. Por eso es peligroso y su peligro consiste en que aparenta ser un relato fantástico y unas sugerentes fotografías. Pero ya dije que el relato es una coartada y las fotografías códigos complejos pero descifrables. Porque *El principito ha vuelto*, sin decirlo expresamente, pone en el disparadero las convenciones que componen eso que llamamos realidad, y que ha sido definida, descrita o debatida de forma directa por figuras del pensamiento como Parménides, Aristóteles, Avicena, Descartes o María Zambrano, e indirectamente por muchas otras, desde la filosofía, la literatura y las ciencias físicas, para reafirmarla o para cuestionarla.

Cruzamos entonces las líneas de la lógica, sus basamentos y sus referencias. No es que contradiga los cimientos del sistema, el orden social o las equivalencias entre lenguaje y pensamiento. Entramos directamente en otro sistema, en otro orden, en otras equivalencias, en un mundo en el que la icónica manzana de Newton no cae, en el que la velocidad no es igual al espacio partido por el tiempo, en el que Leibnitz y Descartes son sobrepasados porque sus palabras no explican la nueva dimensión, la diferente perspectiva, el insólito comportamiento de las personas y las cosas, que no responden a leyes físicas supuestamente universales, un cosmos en el que se ha establecido una inexplicable forma de entender, distinta y tal vez estafalaria pero que tiene su propia lógica interna.

Y para volver al redil, convengamos que estamos hoy en esta sala del Museo Canario, que Teresa y Susi están junto a mí, que hablamos de un libro y que acaba de empezar el verano. Eso es lo que quiero creer, aunque después de leer este libro ya no estoy seguro de si esta realidad que damos por sentada no será el sueño de un lunático o la creación de alguien que fabula con imágenes y palabras, o tal vez una realidad extraída de un universo paralelo. Si finalmente el libro existe en la realidad que ustedes viven, se lo recomiendo; les ayudará a alcanzar una cordura dentro de lo relativo o entrarán definitivamente en la locura. En cualquier caso, será divertido.
